

Martín Recuerda estrenará «El Cristo»

A LOS JOVENES NOS TOCA DAR LA BATALLA

Una entrevista de Jesús Torbado

(Acosado por el pueblo vociferante, el párroco saca una navaja y se dirige hacia el lienzo que se ve al fondo. Con rápidos ademanes, lo rasga, mientras el pueblo continúa gritando a su alrededor. Los jirones de la tela en que está grabado el Cristo...)

Así, poco más o menos, dice una de las escenas cumbre de la obra que muy pronto será estrenada en Madrid, posiblemente, en el teatro María Guerrero: «El Cristo». Su autor, José Martín Recuerda, estrenó en mayo pasado «Las salvajes de puente San Gil», que mereció amplias y elogiosas críticas por una parte, y alguna que otra destructiva. «Las salvajes» fue una obra definitiva. Hace unas semanas se dijo en una revista alemana que Martín Recuerda era uno de los grandes dramaturgos españoles.

Nos adelanta el argumento de su próxima pieza teatral, «El Cristo».

—Se trata—dice—del tráfico de un pueblo cualquiera de España, un pueblo cristiano en pecado mortal, al que se opone un joven sacerdote. Los negociantes de siempre pululan en torno a un cristo famoso y milagrero...

—¿Qué es la obra?

—Una defensa de la fe y una condena de la superstición tan generalizada en nuestros pueblos.

La obra no es fácil. Levantará más polémica que «Las salvajes». El problema es arduo y enraizado en muchos corazones. Martín Recuerda quiere advertir de lo que es cristiano y lo que es falsa piedad, falsa fe, falsa caridad.

Extranjero y desolado

Martín Recuerda ha venido a vivir a Madrid no hace dos meses. Vivía en Granada, donde naciera, dando clases en el Instituto. Aquí también viene a dar clases en una filial, en los sótanos de unas torres que se levantan más allá del paseo de Extremadura, lejos del centro.

—Me siento un extranjero en la ciudad, me siento desolado, solo, y esta desolación no me deja escribir.

Tiene ahora treinta y seis años. Es fuerte, habla incesantemente, como si un público le escuchara; es cordial. Está pensando casarse, pero dice que gana poco todavía. Es un gran amante del hogar.

—No tengo donde caerme

muerto, pero creo en Dios. Tengo fe.

Tiene fe en sí mismo. Licenciado en Románicas, ha pasado la vida explicando literatura. Le gusta. A sus alumnos de primero de bachiller les ensaya una obra de Gil Vicente que representarán en el Hogar del Empleado.

Durante ocho años fué director del Teatro Universitario de Granada, con el que recorrió casi toda España y algunos países extranjeros. Le dieron el primer premio de dirección internacional de Montpellier. Estuvo en el quinto de Parma, en Tánger, en... Tiene el Víctor de Plata del S. E. U., dos veces premio nacional de dirección, premio Lope de Vega—el último—, por «El teatrillo de don Ramón», premio...

—Bueno, tengo un pilón de premios —dice—; sin embargo...

Es como si estuviera empujando. Pero ha empezado de golpe y con pie firme. Además de las obras citadas, ha estre-

—Hemos vivido—añade—de ilusiones sin realizar. Cuando yo era estudiante creía que el español era un problema de cultura. Ahora estamos lo mismo, tan sólo se ha avanzado un poco, muy poco. No se cree a los hombres verdaderos, a los de vocación nadie les cree. En cambio, otros obtienen el éxito y la gente les aplaude, porque les oculta las grandes verdades, las verdades de la vida.

—¿Cuál es, entonces, tu verdad?

—En mi teatro, como en mi vida, no quiero sólo al hombre, sino al hombre trascendente, metafísico. Al hombre que está más cerca de Dios que de sus pasiones.

Lo humano trascendente

—¿Es, pues, católico tu teatro?

—Católico, cristiano, trascendente, como quieras llamarlo...



quiero un teatro bueno que sea nuestro, que sea español.

Martín Recuerda saca sus temas del pueblo, se acerca a la gente y habla con ella. Estas Navidades las pasará en Avila para terminar su «Cris-

—No sé. Es posible. Por eso vivo desolado.

Juventud perdida en palabras

Vuelve a su juventud, cuando estudió en París, becado en la Sorbona. Dice que en España hay poco amor al arte, poca ansia. En Francia y en Italia le parecen los jóvenes más dedicados, mejor dispuestos.

—Aquí se pierden en palabras, están hambrientos, engañados, se limitan a opinar sin pensar, a hablar y hablar.

—¿Los jóvenes solamente?

—No, todos. A los jóvenes es a quienes nos toca dar la batalla. Tenemos que conseguir hacer pensar seriamente en lo que merece la pena. Tenemos que luchar.

—¿Crees que lo haremos?

—No sé. Ya te dije que se ha conseguido muy poco desde que yo empezaba hasta hoy. Acaso ahora cambien las cosas.

—¿Y por qué crees que los jóvenes de otros países tienen más preocupación por el arte, por los problemas del hombre?

—Son más cultos, leen más, trabajan más.

—Decías que aquí nadie cree a los hombres con vocación. ¿No será que no los hay?

—Sí, los hay, desde luego. Pero no les dejan hablar. ¿Y qué es la vocación? Sí los hay,

(Pasa a la página 15)

- **«Me desilusionan los intelectuales, abúlicos, perdidos en palabras, engañados».**
- **«En mi teatro no quiero solo al hombre, si no al hombre trascendente».**
- **«En España nadie cree a los hombres verdaderos, a los de vocación».**
- **«Los jóvenes de otros países están más preparados, tienen más amor al arte, al hombre.»**

—¿Y crees que el público está capacitado para recibir este teatro?

—¡Ah! El público es otro cantar. No, creo que no está preparado.

—¿De quién es la culpa?

—Mucha, de esos «intelectuales», de los autores que se pierden en humaradas, en temas vacíos. Me gustaría tener los hilos del poder para intentar un remedio, me gustaría.

—¿A qué dramaturgos españoles admiras?

—Bueno Vallejo, Olmo Mañas. Sastre ha hecho un teatro europeo, no español. Yo

to». Tiene temas para Almería, Badajoz, Castilla...

—Me gustaría—dice—tener un autillo o una vespica y un poco de dinero para viajar, para vivir un par de meses en un pueblo, con la gente. Mi teatro es un teatro de camino, de acercamiento.

Al hablar gesticula como si estuviera en un escenario. Habla de sí mismo, de sus problemas íntimos.

—Quisiera tener la explicación de muchas cosas la clarividencia de las cosas, de Dios, de la vida.

—Pero eso no lo tenemos nadie.

SIGNO